

2021



XXI CERTAMEN DE CUENTOS DR LUIS ESTRADA



SEGUNDO PREMIO

Mensaje en una plantilla

Alberto Guaita Tello

Miguel entró en el portal con varias bolsas en cada mano. Volvía de un trabajo que detestaba y por el que llevaba demasiados años tomando anti-ácidos, anti-depresivos y un montón de “antis” distintos. Una vez dentro y sin apoyar la compra en el suelo, se las apañó para abrir torpemente el buzón, soltando un juramento al ver cómo un montón de papeles caían al suelo, formando una colorida avalancha de panfletos publicitarios de restaurantes de comida para llevar. Al final iba a tener que dejar las bolsas para limpiar aquello. Refunfuñó. Detestaba que sus cosas rozasen el suelo y aún más tener que tocarlo con las manos para recoger cosas de él. Tiró todo aquel desperdicio de papel, tinta y malos diseños a la papelera y sacó un botellín de plástico del bolsillo de su chaqueta. Miró el interior del buzón mientras se echaba una generosa cantidad de alcohol en las manos.

Algo había permanecido dentro de éste. Aquel sobre se parecía poco a los que solían acabar entre su correo, normalmente trufado de cartas de desamor de bancos, a los que adeudaba más de lo que podía pagar. Todavía molesto por el pequeño incidente, lo metió en una de las bolsas del “super” antes de cogerlas y subir hasta el tercero por las escaleras, ya que consideraba el ascensor un inmundo criadero de gérmenes.

Al llegar a su rellano, abrió la puerta de casa y dejó su calzado de calle fuera. Luego dio un largo paso hacía dentro para calzarse las zapatillas que tanto aliviaban sus cansados pies y que consideraba limpias. Sintió cómo la tensión de estar en la calle se disipaba al hacerlo. Las tenía desde hacía tanto tiempo que habían pasado de ser azul marino a azul cielo, pero se negaba a deshacerse de ellas, a pesar de que sus hermanos, poco imaginativos, generalmente le regalaban algún nuevo par para su cumpleaños. Todas ellas seguían acumulándose debajo de su cama. Lo detestaba, eso y que le regalasen calcetines; le parecía de una pereza y una falta de interés supinas hacia quien recibía el obsequio.

Dejó las bolsas de la compra en la “mesa de sucio” de la cocina y procedió a sacar todo lo que contenían en la piletta de acero, donde fregó todo con brío con su mezcla especial de lejía y jabón. Cuando vaciando las bolsas llegó hasta la carta, se fijó en que el sobre tenía su nombre y dirección escritos a mano y que el sello era extranjero, aunque sin sus gafas de ver de cerca no pudo distinguir bien el país. Notó que dentro había algo aparte de papel, un poco más grueso, como si se tratase de un pedazo de cartón. Lo giró para saber más. El remitente era un tal Antonio José Yayé, de Bata, Guinea Ecuatorial y cuyo matasellos tenía fecha de 25 01 2013. Había tardado casi un mes en llegar. Dio un respingo y dejó caer la carta sobre la mesa. Quién sabía qué bacilos, bacterias o virus podría contener aquella misiva.

Se lavó las manos con el estropajo en el fregadero, más compulsivamente de lo ya habitual. No paró hasta que le dolieron los nudillos. ¿A santo de qué tenía que llegarle una carta desde África? Se secó con papel de cocina y fue al salón a por sus gafas. De vuelta a la cocina, cogió de un armario unos guantes desechables, de los cuales tenía varias cajas. Iba a empezar a abrir el sobre, pero se detuvo antes de tocarlo, sería mejor protegerse bien. Volvió al armario y sacó también una mascarilla, de las que se ponía en periodos de gripe. Se sintió por fin lo bastante a salvo como para enfrentarse a lo desconocido. Rasgó con cuidado un lateral e hizo aterrizar su contenido sobre la mesa; ya la limpiaría después con amoníaco.

Cayeron unas hojas de un papel muy fino y cuidadosamente dobladas, junto a lo que había notado al tacto.

– ¿Pero qué narices...? Aquello parecía una plantilla de zapato. –
¿Qué guarrada es ésta?, –exclamó entre atónito y asqueado.

Incluso a través del látex del guante le dio asco tocar aquello. Se dispuso a tirarlo rápidamente a la basura, pero entonces vio que por detrás tenía algo escrito. Lo leyó, eran solo tres líneas. “Propiedad de: Miguel Hernández Castilla. Clase 5ºB, Instituto Los Maristas. C/ Daoiz, 37 (Tudela). Se gratificará a quien las encuentre”

Aquella era la inconfundible letra de su madre, con sus mayúsculas sobredimensionadas y sus “aes” que parecían “oes”. Se quedó helado. Tuvo que apoyarse con la espalda contra la nevera, haciendo caer varios de los imanes de viajes que nunca había hecho y que no pretendía realizar.

Esa era su dirección, su casa desde niño y donde había vuelto a vivir después de que sus padres, recién jubilados, hubiesen decidido irse de viaje por todo el mundo sin fecha de vuelta. Eran ellos los que le enviaban aquellos souvenirs magnéticos desde lugares exóticos, quizá con la esperanza que un día decidiese él mismo conocer el mundo. Se dejó escurrir hasta llegar al suelo. Había perdido su primer par de botas de fútbol el año en el que iba a 5º de EGB, así que su madre decidió escribir sus datos por debajo de ambas plantillas, por si volvía a ocurrir lo mismo con las segundas. Esa vez no las perdió, pero sí el interés por darle patadas a un balón. Así que pronto pasaron a uno de sus dos hermanos pequeños, luego le sonaba que se las había visto unos años más tarde a uno de sus primos y después, como ocurre con tantos de los miles de objetos que nos rodean a lo largo de nuestra vida, les perdió la pista. Tenía que leer la carta, no entendía cómo podía haberle llegado aquello desde tan lejos. Aun sentado en el suelo, estiró el brazo para coger las hojas. La caligrafía era cuidada, delicada incluso, y estaba escrita en un castellano correctísimo.

“Estimado señor Hernández:

Calculo que debe tener usted más o menos mi edad y que ambos hemos empezado a peinar algunas canas. Como habrá visto en el remite, me llamo Antonio José. Lo primero y para su absoluta tranquilidad, me gustaría decirle que el objeto de esta carta no es otro que el darle las gracias por lo que le relataré a continuación. No hay en mí intenciones ocultas ni busco beneficio de ninguna clase. Al parecer alguien de su familia tuvo a bien darle una segunda vida a unas magníficas botas de fútbol, con las que primero servidor, y luego mis dos hijos, pudimos jugar al deporte rey. Esto ha llevado a que mi hijo mayor, Evaristo, fuese seleccionado de muy joven para formar parte de la selección nacional de Guinea, lo cual, aparte de haber sido de gran ayuda para toda nuestra familia, nos llena, como he escuchado decir a vuestro rey en más de una ocasión, de un profundo orgullo y satisfacción.

Sus botas llegaron, si me permite el chascarrillo, a mis pies, en el año 83, de las benditas manos de unas monjas españolas. No se imagina la ilusión que me hizo poder dejar de jugar con las botas que utilizaba, ya que estaban hechas de puro plástico y los pies se me recocían dentro de ellas, causándome serias ampollas que en alguna ocasión se me llegaron a infectar.

Cuando crecí y dejaron de servirme, las guardé como un tesoro y acabé regalándoselas años más tarde a mis hijos, con los excelentes resultados que ya le he relatado.

Mi hijo mayor, al entrar en la selección, se las regaló a su vez a su hermano pequeño, que también apunta maneras.

Esas botas tuyas son increíblemente resistentes y solo les habíamos cambiado los cordones y los tacos. Pero del uso empezaban a ser incómodas, así que cuando pasó el zapatero con su bici por nuestro barrio, le pedimos que les pusiese unas nuevas plantillas. Las originales, de tanto uso, habían quedado totalmente adheridas al fondo del zapato, pero cuando logró despegarlas, vio que había un nombre y una dirección.

No venía el país en ella, pero no fue difícil dilucidar que provenía de España. Decirle que esas botas primero me hicieron pasar grandes momentos y marcar decenas de goles de niño, y que después cambiaron la vida de mi familia.

Solo me resta reiterarle mi agradecimiento y desearle lo mejor a usted y a su familia. Atentamente, Antonio José Yayé. Profesor de instituto.”

Incrédulo, leyó y releyó varias veces la misiva. Aquellas botas seguramente debían haber acabado en algún momento en los contenedores de ropa y calzado para beneficencia. Tener de nuevo ese pequeño retal de su infancia, de cuando las cosas, aunque él no lo supiera entonces, eran fáciles, le emocionó. El recorrido “vital” que habían tenido era mayor que el suyo propio, que nunca había salido de España. Algo tan sencillo como un par de zapatos, había influido mucho en la vida de tantas personas. Se miró las zapatillas. Quizá fuera hora de estrenar otro tipo de calzado y de caminar por nuevos derroteros.